

Loyola, a quien conoció en Alcalá en 1526, profesándole desde entonces grande afecto y admiración. Por ella —dice Marañón— cobró Felipe II gran afición a los jesuítas. Años más tarde, el propio San Ignacio pediría al aya lusitana influir sobre el príncipe don Carlos (Padre March).

Una inmensa alegría llenó el corazón de doña Leonor a la llegada a Salamanca, en 15 de noviembre de 1543, de otra infanta lusitana —doña María, hija de Juan III y Catalina de España— para contraer matrimonio con el Príncipe de Asturias, su primo hermano de doble vínculo. A pesar de ser hijo de portuguesa y educado por doña Leonor Felipe ignoraba la lengua de Gil Vicente y de Camoens y es probable que su aya sirviese de intérprete en los primeros coloquios de los desposados. Y casi seguro que ella sería quien proporcionase al mancebo impaciente el antifaz con que —según costumbre galante de la época— se cubrían los rostros los novios para salir al encuentro de sus prometidas y conocerlas. Veinte meses más tarde —el 8 de julio de 1545— nacía en Valladolid el príncipe don Carlos, dando muerte —cual nuevo Segismundo— a su frágil madre. El viudo, de dieciocho años, se volvió a su aya —la única mujer querida que habría de envejecer a su lado—, confiándole a su hijo con estas palabras: «Mi hijo ha perdido a su madre; vos haréis sus veces y lo trataréis como si fuera vuestro.» A su vez, el Comendador de León escribía al César en 13 de agosto: «Doña Leonor de Mascareñas llegó aquí dos días antes del bautismo; tiene el cargo para el que fué llamada, y parece le ha convenido por el gran cuidado que tiene».

Con idéntico celo cumplió en Toro su nueva comisión real. Pero con desemejante resultado. Las taras físicas y psíquicas de don

Carlos, que «amordía a sus nodrizas» manifestando desde la cuna unos instintos depravados, no lograron ser vencidos por la paciencia y la abnegación del aya bien experta. Cuando el príncipe fué entregado a sus preceptores —las infantas María y Juana casaron en 1548 y 1552 con los herederos de Austria y Portugal, y sobre todo cuando Felipe, ya Rey por la abdicación de Carlos V (1556) y viudo de su tía, María de Inglaterra, contrajo su tercer matrimonio en 1560 con Isabel de Valois—, la dama portuguesa se sintió sola y sin misión. La Reina francesa no podría hacerle olvidar a sus señoras portuguesas que tanta confianza pusieron en ella. Si nacieran nuevos hijos al Monarca serían ayas jóvenes y francesas quienes los cuidasen. Su cuerpo estaba cansado y era hora de darle alivio de las penas y preocupaciones que lo habían tundido. Doña Leonor pidió la venia a su Rey para servir a otro Señor que no se le pudiera morir, como dijera el marqués de Lombay en la ocasión tremenda del tránsito de la Emperatriz. La obtuvo, y de su propio peculio fundó en Madrid el Convento de los Angeles, al que se retiró. No tanto, que no llegasen a su celda en 1566 y en 1567 las gratas nuevas de los natalicios de las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela; en 1568, las infaustas de los fallecimientos de don Carlos e Isabel de Valois; en 1570, el júbilo de la victoria de Lepanto; en 1578, la patética desaparición del Rey don Sebastián de Portugal, que inunda de dolor a toda Lusitania; en 1580, las de la muerte de la cuarta mujer del Rey Ana de Austria y la de que la Corona portuguesa ha recaído en el poderosísimo Monarca que tuviera en sus brazos cuando niño... Para todas las glorias y tristezas de su «infantinho» tiene en los labios una plegaria, y en